
El periodismo y la academia

Entrevista con Lorenzo Meyer



—¿Qué representa para usted el Premio Nacional de Periodismo que acaba de recibir?

—Significa varias cosas y fíjese que no necesariamente todas buenas. Desde luego que el premio en sí me viene muy bien; son diez millones de pesos que no están para ser desdeñados por nadie. Son más o menos el equivalente al ingreso neto, por sueldo, de unos ocho meses. Pero el tema de fondo sería: ¿qué papel tiene un académico en un periódico? No lo he

podido solucionar del todo. Algunos de mis colegas, sobre todo de los que tienen más edad y han visto la vida académica en otras épocas, señalan que es una especie de traición a la vida académica, que un académico no debería perder su tiempo en el periodismo, porque esa no es la función básica de alguien en quien la sociedad ha invertido mucho dinero y tiempo, independientemente de su inteligencia, porque la verdad no necesita una mucha inteligencia, basta con la normal, pero necesita una mucha disciplina y tiempo:

tiempo para ir desde la primaria hasta el posdoctorado. Uno sale de esto, digamos, a los treinta años... Son enormes cantidades de tiempo, que hay que aprovechar de la manera más redituable. Socialmente, la manera más redituable es hacer investigaciones que muy pocos pueden hacer (no porque no tengan la inteligencia, sino porque no tuvieron la oportunidad de prepararse), una contribución original al área de conocimiento en que uno trabaja. En mi caso ésta sería la historia política. El periodismo no puede ser eso; el

En junio de 1989 Lorenzo Meyer recibió el Premio Nacional de Periodismo por artículo de fondo escrito en 1988. Presentamos aquí la transcripción de una charla radiofónica que se realizó, a propósito del otorgamiento de este premio, entre el distinguido investigador de El Colegio y Patricia Kelly

periodismo requiere de análisis rápidos, de ningún pie de página, de poca investigación... Y no sólo requiere de análisis rápidos, sino también de análisis simples, que corren el peligro de ser simplistas. No creo que yo haya escapado de este tipo de problema. Quienes piensan que no es justo que se desperdicie el tiempo así, verán mal que me hayan otorgado el premio por artículo de fondo en 1988. Por eso, no necesariamente me va a producir buenos resultados.

—¿Cuáles son los temas en que trabaja actualmente?

—Qué bueno que me pregunta eso, porque me da oportunidad de hacerme un pequeño comercial. Esta semana estoy terminando un libro que comencé hace casi doce años. Los deberes administrativos hicieron que lo dejara mucho tiempo de lado, pero tenía muchas ganas de terminarlo. Es un libro sobre la relación anglo-mexicana, que se va a titular *Su majestad británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950*, y como subtítulo pienso ponerle *El fin de un imperio informal*. Este trabajo trata sobre el segundo gran invasor extranjero en México a fines del siglo XIX y comienzos del XX, los británicos,

que eran los dueños de la economía central en ese momento y una fuente de capital, que a veces parecía inagotable, para el resto del mundo. Parte de este capital se iba a su imperio formal (la India, África, etc.) y otra se vino a un imperio informal, a veces no reconocido como tal por los propios historiadores británicos, que es América Latina, desde Argentina y Chile hasta México. México es una de sus fronteras, donde su influencia ya se diluye, porque se enfrenta a otro imperio, pero en este vasto continente los británicos invirtieron, a veces con buena y a veces con muy mala fortuna, enormes cantidades de libras esterlinas, y dejaron ferrocarriles, minas, fábricas, plantaciones, plantas de energía eléctrica, campos petroleros, etc. Lo que yo estudio es el momento cumbre de esta inversión y el impacto que tiene la Revolución mexicana en ese vasto complejo de capital británico, y también la incapacidad, tanto del gobierno británico como de sus inversionistas, de entender lo que estaba pasando en México y por lo tanto de reaccionar de la mejor manera para ellos. No supieron cómo hacer frente al cambio en el entorno que significó la caída del Porfiriato y el establecimiento de una nueva élite política, y ese no entender les costó... perdieron muchísimo. De eso se trata mi libro.

—Pero su interés central sigue siendo México...

—Sí, desde luego. Este libro, que hice con archivos británicos y mexicanos, es una forma de entender a México: ver sus relaciones externas y luego ver las relaciones políticas internas, que están bien trabadas (a veces las dividimos en política interna y externa para comprenderlas mejor, pero en la realidad están completamente unidas).

—¿Cuántas horas dedica a su trabajo?

—Como todos los investigadores, tengo que hacer una división muy complicada del tiempo. Una parte es simplemente sobrevivir: dormir, comer, etc., cosas que a veces parecen un no muy agradable gasto de tiempo, pero que son inevitables. Otra, a mi edad, es la familia; si se empieza muy temprano como investigador, puede bajarse los sábados, los domingos (todavía recuerdo aquellas épocas de soltero en que iba a El Colegio de México los domin-



gos... no siempre me dejaban entrar); pero ahora la familia viene a ser la parte central. Luego viene — no sé cómo llamarla— la obligación o la desgracia de las tareas administrativas. La burocracia está en todos lados y Max Weber tenía razón: está triunfando, en Occidente, en Oriente, en todos lados... Las tareas administrativas, los memos, las cartas, las llamadas por teléfono, ver personas, etc., lleva mucho tiempo, un tiempo casi perdido, pero necesario, porque después de todo un investigador, a menos que tenga mucho dinero, tiene que cobijarse en una institución, y las instituciones requieren que se les dedique tiempo. Luego están las clases, los alumnos; algunos de mis colegas tratan de tener menos contactos con alumnos, a otros no les gusta dar clase: yo estoy en el medio, ni me agrada ni me desagrada mucho. No me agrada mucho porque veo que algunos de mis alumnos terminan por ser funcionarios públicos y no veo que mejore la administración pública; pero otros, los menos, siguen la carrera académica, y eso me da cierta satisfacción. En fin, al último viene la investigación. Es lo que queda en las horas en que uno puede trabajar, entre administrar y dar clase y ver a la familia. Por eso este libro sobre los ingleses me ha tomado tanto tiempo...

Lorenzo Meyer es autor de:

México y Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942
El Colegio de México, 1968

Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario, 1910-1940
Secretaría de Relaciones Exteriores, 1973

Historia de México, etapa nacional, el primer tramo del camino, 1920-1940
Edutex, 1976

La encrucijada
SEP, CONAFE, CNIE, 1976

Revolución y sistema, México 1910-1940
Secretaría de Educación Pública, 1987

También ha escrito en colaboración:

Con Bernardo Sepúlveda y Olga Pellicer
Las empresas transnacionales en México
El Colegio de México, 1974

Con Rafael Segovia y Alejandra Lajous
Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1928-1934
El Colegio de México, 1978

Con Josefina Vázquez
México frente a Estados Unidos, un ensayo histórico, 1776-1980
El Colegio de México, 1982

Con Sergio Aguayo y otros
México-Estados Unidos, 1982
El Colegio de México, 1982

Con Héctor Aguilar Camín
A la sombra de la Revolución Mexicana
Cal y Arena, 1989